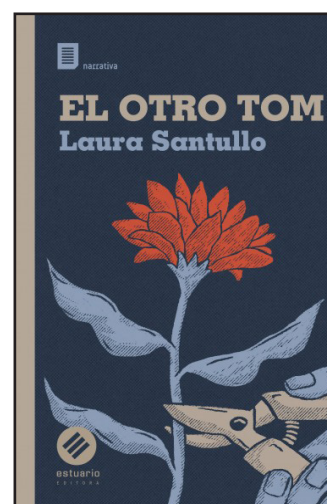


La ética del farmacopoder y el problema de la medicalización de los niños

María José Burgio
(Instituto de Profesores Artigas, Uruguay)

Santullo, Laura.
El otro Tom.
Estuario, Montevideo, 2022.



El otro Tom es una novela escrita por la autora uruguaya Laura Santullo y publicada en 2022 por la editorial Estuario. El texto explora el drama vivenciado por Lena, madre de un niño diagnosticado con Trastorno por Déficit de Atención con Hiperactividad (TDAH) y la consecuente medicalización de su hijo impuesta por los diagnósticos de salud y exigida por los centros educativos. De esta forma, Santullo escribe sobre el dilema ético que, a partir de las peripecias que experimenta Lena, se traza como línea argumental de un asunto notablemente actual y sensible, pero escasamente explorado en la literatura uruguaya.

La noción de biopoder, acuñada por el filósofo francés Michel Foucault, se sugiere desde la tapa misma del objeto libro: en el centro se erige la figura de una flor roja a punto de ser cortada por el tallo por medio de una tijera de podar, imagen plasmada sobre un fondo absolutamente negro. Es evidente la metáfora: la flor-niño está a punto de ser cortada-moldeada-controlada por la tijera-institución del poder.

Pero, ¿de qué manera, en la historia, se logra cortar-controlar a la flor-niño? La respuesta se encuentra en la legitimación de la medicalización como respuesta normalizadora a las conductas desviadas. Es decir, la autora logra escribir sobre un problema que surge junto con la modernidad, momento en que la verdad se asocia a la ciencia y, en tal sentido, la medicina se constituye como el nuevo dios que determinará qué es normal y qué no; qué es permitido y qué no; qué es saludable y qué no.

En sintonía con esto, en *El otro Tom* se lee: “Tomás debía comenzar muy pronto con un tratamiento químico que le ayudara a calmarse, con menos movimiento en el exterior no habría tanto desasosiego en su interior y eso le significaría a Tomás la posibilidad de pensar, descansar, estudiar y jugar como los otros niños lo hacían” (72).

En ello radica el discurso normalizador de las instituciones de poder. La necesidad no es adaptar el mundo hacia la integración de la subjetividad de Tom, sino adaptar la conducta de Tom a la rigidez del mundo exterior. Es así que aparece el diagnóstico; un dictamen surgido del poder institucional encarnado en las figuras de los diversos profesionales: la directora de escuela, la maestra, el psicólogo, el psiquiatra, los asistentes sociales. El control de la subjetividad de Tomás, legitimado por la ciencia, invade la realidad familiar de Lena, quien emprenderá la odisea de la exigencia social y burocrática, yendo de la escuela al psicólogo, del psicólogo al psiquiatra, del psiquiatra a la farmacia y, en este periplo, convivirá con sus propias inseguridades, sus miedos, sus culpas y, finalmente, sus dudas sobre la validez del diagnóstico farmacológico.

El filósofo Paul Preciado aborda, desde una crítica historicista, el dilema que trae consigo la «era del farmacopoder». En *Testo yonqui* (2008) argumenta: “A principios del nuevo milenio, cuatro millones de niños son tratados con Ritalina por hiperactividad y por el llamado Trastorno por Déficit de Atención, y más de dos millones consumen psicotrópicos destinados a controlar la depresión infantil” (30). Es de considerar que las cifras aportadas en la actualidad han incrementado exponencialmente, dado que la prescripción psiquiátrica de fármacos se ha erigido como el procedimiento de control de la subjetividad legitimado por la industria farmacológica y, de manera extensiva, por la visión de la medicina clínica. Estas son las arenas sobre las que discurre el argumento de *El otro Tom*.

El punto de inflexión en la trama sucede al comienzo de la novela, cuando, a raíz de un accidente que sufre Tomás, se instala la duda sobre cuán beneficioso es el tratamiento farmacológico que recibe su hijo y, con ello, nace la actitud crítica de la madre en un proceso de creciente descreimiento. Sin embargo, ese es solo el punto de inicio de la trama, el momento de la duda que hace germinar la lumbre del personaje de Lena: ¿y si la verdad no es privativa de la ciencia?, ¿y si la madre conoce más del hijo que los propios profesionales?, ¿qué sucedería si, en todo el tiempo transcurrido, la intuición de la madre fuera más válida que los diagnósticos de la ciencia? Esa es la olla que hierve en la cabeza confusa de la protagonista; es, en definitiva, la maraña que surge de la contradicción entre los discursos instituidos y el saber filial más primitivo que se traduce en términos de “intuición” o “pálpito”.

Sin embargo, ese episodio inicial no es más que el momento de llegada, el arribo hacia una nueva actitud crítica del personaje principal quien, hasta ese momento, no había cuestionado jamás las verdades emitidas por los profesionales de la salud, ni había siquiera recelado de la confianza depositada en el saber médico. Es así que, por medio de la analepsis, el narrador va contando la historia de los acontecimientos acaecidos antes del accidente. En ese sentido, se deja en evidencia en *El otro Tom*:

Cada mañana, inmediatamente después del desayuno, Tom se dirigía al baño junto con su madre y tomaba su primera dosis del día parado frente al espejo. Lena se la daba con un gesto mecánico, tal como dar un complejo vitamínico. No dudaba, no se cuestionaba, no pensaba en la acumulación de químicos en la sangre de Tom ni en si aquello podía tener consecuencias. Las cápsulas se las había dado un especialista, alguien que sabía mucho más que ella. (75)

La denuncia es sobre un nuevo tipo de capitalismo que gobierna en relación a la gestión política y técnica del cuerpo y que, progresivamente, se ha convertido en “el negocio del nuevo milenio”. Es decir, la operación del capitalismo farmacológico convierte en mercancía a los pacientes y tipifica sus conductas y maneras de ser por medio de diagnósticos que luego servirán para sistematizar e incrementar las ventas de los fármacos. Y, dentro de esta lógica, Santullo problematiza la ética del sistema de salud mental.

Se propone una historia de lucha, a la manera de David y Goliat, en la que Lena se transforma en la heroína que resiste y combate contra el escrutinio social y la inercia del capitalismo farmacológico. Es justamente esa sociedad quien determina la existencia objetivada de un Tom, tipificado con el diagnóstico de TDAH. Sin embargo, el trayecto que recorre la madre rescatará al otro Tom, su hijo.

El farmacopoder, como una de las manifestaciones del biopoder, determina perfiles clínicos con sus diagnósticos médicos y se erige como la panacea del control normalizador de la conducta de los seres humanos que, en este caso, moldea (o anestesia) el comportamiento de los niños. Pero, en la novela, el accidente que sufrió Tom instaló la duda en su madre: “lo cierto es que esperaba que el niño disipara sus inquietudes; quería la confirmación de una caída accidental o la posibilidad de una acusación frontal hacia la droga que había provocado un daño en sus emociones, pero lo único que obtuvo fue extender la agonía de la duda” (81).

Al cerrar el libro, el lector probablemente se lleve más interrogantes que respuestas. Y es que en ese efecto pragmático reside la intención de la obra.

Bibliografía citada

Foucault, Michael. *Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión*. Siglo Veintiuno Buenos Aires, 2002.

Preciado, Paul B. *Testo Yonqui. Sexo, drogas y biopolítica*. Anagrama, Barcelona, 2008.